

Acerca de los múltiples y divergentes usos del término «Autoanálisis»

*Luis Campalans Pereda**

Resumen

Este trabajo se propone abordar las frecuentes y heterogéneas menciones del término “autoanálisis” en el pensamiento y la literatura analíticas contemporáneas. Luego de intentar una definición –no tan obvia– del concepto, se encara el término original acuñado por Freud para dar cuenta de la experiencia con su inconsciente bajo una transferencia muy particular con W. Fliess y que tuvo como efecto el advenimiento del psicoanálisis. Posteriormente se intenta desbrozar la diversidad de significaciones que el término adquiere en el psicoanálisis post-freudiano y contemporáneo, abordando algunos de sus múltiples usos. Ello implica discriminarlo de otros conceptos: reflexión preconscious del analista, elaboración post-analítica, supervisión o análisis de control y análisis de la contratransferencia. A modo de conclusión se suscribe la sentencia freudiana de 1897 acerca de la imposibilidad del autoanálisis, entendida no como una cuestión fenoménica sino como una imposibilidad lógica debida a la condición estructural del inconsciente que impone la división subjetiva. No obstante se rescata el tema en tanto plantea –aún veladamente– la cuestión crucial de la especificidad de la posición del analista, pensada en términos del concepto “deseo del analista” de Lacan.

Summary

This paper aims at dealing with the frequent and heterogeneous approaches to the term “self analysis” in the field of contemporary analytical thinking and literature. After attempting a definition of the concept – which may not be so obvious – this paper explores the original term coined by Freud with the purpose of illustrating his experience with his own unconscious under a very particular transference with W. Fliess. This resulted in the advent of psychoanalysis. In addition to this, there is an attempt to clarify the diverse significations the term acquires in post-Freudian and contemporary psychoanalysis through the discussion of some of its multiple uses. This involves distinguishing the term self analysis from other concepts: the analyst’s preconscious reflection, post analytical elaboration, supervision or control analysis and counter-transference analysis. As a conclusion, the Freudian statement of 1897 about the impossibility of self analysis is pondered not as

* *Martí 3295 apto 503 (11300) Montevideo // Pereyra Lucena 2552 8ªA (1425) Bs. As.*

phenomenal issue but as a logical impossibility due to the structural condition of the unconscious that establishes the subjective division. However, the topic is here addressed as it explores – though in a veiled way – the crucial matter of the specificity of the analyst’s position, considered in terms of Lacan’s concept “the desire of the analyst.”

**Descriptores: AUTOANALISIS / DESEO / TRANSFERENCIA
 / CONTRATRANSFERENCIA/
 OTRO / FREUD, SIGMUND /**

Resulta bastante habitual encontrar frecuentes menciones del término “autoanálisis” en el pensamiento y la literatura analíticas contemporáneas. Tales referencias conforman una diversidad de acepciones lo suficientemente imprecisas y heterogéneas como para sostener que el término ha quedado -por exceso de significaciones- vaciado de significación. ¿De qué hablamos cuando hablamos de autoanálisis? Es nuestra intención, en lo que sigue, recuperar las implicancias del término original acuñado por Freud para designar la experiencia con su propio inconsciente y cuyo efecto fue el advenimiento del psicoanálisis. Por otro lado intentaremos abordar el uso “post-freudiano” del término “autoanálisis”, asimilado básicamente a la idea de un “recurso técnico” del analista; no sólo para desbrozar la miscelánea de concepciones allí implicadas sino también para discutir la pertinencia psicoanalítica misma, tanto del término como de su pretendido ejercicio.

a) En busca de una definición

Si previamente vamos en busca de una posible definición del término “autoanálisis” encontraremos que Laplanche y Pontalis²¹ se refieren a una “investigación de uno por sí mismo”, mientras que la enciclopedia de Kaufmann¹⁶ llega algo más lejos pues habla de “análisis por uno mismo”.

Ambos coinciden en que se trataría de un trabajo con las producciones del propio inconsciente (sueños, lapsus, actos fallidos, etc.) como alternativa a un análisis de esas mismas producciones llevado a cabo por otro en posición de analista. ¿Es suficiente con establecer esta diferencia? ¿Cuál es el estatuto de esa alteridad o intersubjetividad que encarna el analista? En primer lugar, no es cierto que alguien en análisis no trabaje con las producciones de su propio inconsciente; aunque eso “propio” no sería sino como “ajeno” que se capta y eso “suyo” sería más bien una producción en transferencia. Su papel no es en absoluto pasivo y continúa además trabajando entre sesiones; tanto que Lacan acuñó el término de *analizante* para subrayar esta posición activa de producción. No se trata entonces de un análisis hecho *por* otro, sino más bien de un análisis hecho *con* otro, cuyo estatuto no es solamente el de un otro semejante -simétrico o especular- sino el del Otro como lugar tercero (con mayúscula, para distinguirlo del anterior) puesto en función por la transferencia analítica. Basta que alguien hable o piense en el desierto para que haya Otro, puesto que no se puede hablar o pensar sin sus significantes.

La cuestión del llamado “autoanálisis” resulta así una vía privilegiada para pensar la decisiva noción y función del Otro en psicoanálisis. Este Otro no es –en principio– ninguna persona sino un lugar simbólico que instaura una alteridad o heteronomía irreductible; al menos en los siguientes sentidos: a) Como Otro del lenguaje (o bien de la cultura) del conjunto de los significantes que pre-existe al sujeto y por ende lugar de su constitución y advenimiento. b) Como Otro del código o lugar de la respuesta, desde donde se le devuelve al sujeto su propio mensaje bajo una forma invertida; asiento por ende de la función de la *escucha* que opera según las leyes del proceso primario. c) Como Otro del inconsciente (“dominio extranjero interior”,¹² Freud, 1932) constituido por los significantes singulares que marcaron a un sujeto en su relación histórica al deseo del Otro, pues éste no es absoluto o completo sino en falta o deseante. d) Como Otro encarnado en un semejante; en primer lugar en la madre (Otro primordial) y también en el analista como lugar del (supuesto) saber del inconsciente, estableciéndose así la neurosis de transferencia. Sería luego porque hay función del Otro que hay posibilidad de transferencia analítica.

Retomando entonces la cuestión de una eventual definición, diremos que el “autoanálisis” –de ser pensable y posible– sería un análisis sin Otro, por fuera de la relación al Otro; lo que implica decir por fuera de la estructura de la transferencia, marco o contexto de la producción del inconsciente.

Señalemos asimismo –y a modo de digresión– que ni siquiera parece pensable que los llamados “libros de *autoayuda*” puedan ejercer su efecto sugestivo (y por qué no su éxito editorial) sin mediar una transferencia –aún meramente imaginaria– con el autor de turno.

b) El autoanálisis de Freud

Que Freud haya designado con este término al histórico y decisivo período de su vida que va –aproximadamente– de 1893 a 1900 y donde tiene lugar el descubrimiento del inconsciente y el advenimiento del psicoanálisis, no impide en absoluto que sea el mismo Freud (1897, Pág. 313) el que lo cuestione y con contundencia: “Sólo puedo analizarme a mí mismo...como si fuese un extraño. Un genuino autoanálisis es imposible, de lo contrario no existiría la neurosis” 6.

Si la falta de conocimiento de los textos freudianos es sin duda un déficit serio para un analista, no lo sería menos el abordaje puramente canónico de los mismos a expensas de un ejercicio de lectura en cierto sentido inagotable. Justamente, “el autoanálisis de Freud” como mito de origen lo entronizaría en el lugar de la excepción, del “al menos uno” por fuera del conjunto (de los analistas) que viene a fundar; cuya regla lógica sostendría que a todo analista lo precede un análisis, que es efecto o resultante de un análisis. El carácter primero, inaugural e irrepetible de esa experiencia de Freud con su “propio” inconsciente no implica que ella haya transcurrido por fuera del marco de una muy particular transferencia; ésa que Lacan (1955, Pág. 187) llama “la conversación fundamental”¹⁸ con Wilhelm Fliess, de cuya idealizada intensidad da cuenta su copioso y revelador epistolario al que remitimos. En un escrito anterior⁴ intentamos refrendarlo, no sólo a través del trabajo sobre esas cartas sino también sobre los textos de aquellos que abordaron ese período de la vida de Freud (E. Jones; D. Anzieu; M. Schur; O. Mannoni) coincidentes en cuanto a que “el descubrimiento del psicoanálisis no habría tenido lugar sin Fliess”¹. Un “no sin Fliess” que entendemos como un “no sin esa transferencia”. Señalábamos en aquel trabajo que tal vez sólo estábamos sustituyendo un mito de origen –el del autoanálisis– por otro, el del “análisis original” para tomar una expresión de O. Mannoni; ²² en cuyo caso su aporte estribaría en restituir como ineliminable la transferencia y el lugar del analista como dimensión de alteridad. Claro que entre lo irrepetible de ese “análisis original” estaría el hecho de que pueda volver a darse un análisis “sin saberlo” por parte de los protagonistas allí implicados y que desborde completamente lo que puede ser captado por ambos. Es sólo a posteriori que Freud alcanzará a reconocerlo: “Ahora ya no experimento ninguna necesidad de develar totalmente mi personalidad. Después del asunto Fliess esa necesidad ha desaparecido” (Carta a Ferenczi del 6/10/1910)⁸

Podemos decir entonces que Fliess encarnó al Otro para Freud y que su “autoanálisis” fue un hecho de escritura dedicado y relatado *para* Fliess (“Soy inmensamente feliz, porque me brindas el don de un otro...me siento enteramente contento escribiendo sólo para tí”⁴ Carta del 8/5/1898). Es posible decir también que luego de 1900 Fliess queda caído y tiene lugar un pasaje decisivo a partir del cual se produce una obra como testimonio: la trilogía de textos que fundan el psicoanálisis (El libro de los sueños, La psicopatología de la vida cotidiana y El chiste) que apuntan ahora a un Otro impersonal y atemporal: nosotros sus lectores. A la vez, no podríamos afirmar que el deseo de Freud como tal haya sido analizado, lo que no impide decir que trazas de este deseo puedan ser leídas a lo largo de toda su obra ni tampoco que este “deseo original” se constituya como objeto de la transmisión del psicoanálisis.

Respecto del “autoanálisis” como recurso para la formación del analista, no carece de importancia seguir la evolución del mismo a lo largo del pensamiento de Freud. En 1910 (Pág. 136) exigía del aspirante a psicoanalista el “comenzar por un autoanálisis”⁹ entre otras razones para dominar su contratransferencia (esta cita, sobre la que volveremos, constituye una de las escasas menciones de este término a lo largo de toda su obra).

En 1912 (Pág. 116) el “autoanálisis” aparece ya como una continuación o bien como un complemento que sigue a un análisis personal “realizado con un experto”.¹⁰ En un pequeño artículo de 1935 (Pág. 231) y a propósito del autoanálisis de un acto fallido, son notorias las reservas de Freud pues “uno se contenta con algo parcial, tras lo cual la resistencia retiene lo que puede ser más importante”.¹³ Finalmente en 1937 (Pág. 250) en la conocida sección VII

de “Análisis terminable e interminable” que está dedicada a la cuestión de la formación de los analistas no hay mención del término. Se afirma la necesidad del análisis personal, apostando a que “las incitaciones recibidas” en él han de “continuar de manera espontánea”¹⁴ una vez finalizado. No obstante, como bien sabemos, concluye con la recomendación de un “reanálisis” periódico “para todo analista”.

c) El autoanálisis en el psicoanálisis contemporáneo.

Como señalamos antes, son diversos y controversiales los sentidos en que el término “autoanálisis” a título de recurso o herramienta del analista tiene uso y vigencia en nuestros días. Sin pretender abarcarlos todos, abordaremos algunos usos y modos de entenderlo para pensar las concepciones allí implicadas.

Citemos en primer lugar al “autoanálisis clásico” –a falta de mejor designación– tal y como lo practicó Freud, lo hicieron sus discípulos directos y afirman practicarlo algunos analistas; o sea el ejercicio más o menos sistemático de análisis de los propios sueños, actos fallidos, etc. Si en 1895 el autoanálisis como método representó un cierto avance respecto del método catártico y la hipnosis, hoy en día hay preguntas cuyo rigor –pensamos– no puede resistir. ¿Quién está en posición de analizante? ¿Quién en posición de analista? ¿Dónde está la dimensión de la transferencia? ¿Dónde sus efectos subjetivos? No podríamos más que considerarlo como una *reflexión preconsciente* acerca de las propias producciones inconscientes, para diferenciarlo de la introspección filosófica o bien de algún arte adivinatorio. Y ello con cierta indulgencia, la que no tiene –por ejemplo– M. Baranger cuando señala “la trampa de una identificación fantasmática con Freud”²; en otras palabras: “jugar” a ser Freud.

Además de esta forma en donde el autoanálisis aparece como alternativa a un análisis, es más frecuente la variante donde el autoanálisis se propone como *continuación* o bien como *complemento* del análisis luego de su finalización. Al menos ello supondría la anterioridad de haber atravesado un análisis como condición previa de alguna actividad autoanalítica. Pensamos que si en el primer caso existe una concepción del inconsciente compatible con un dominio o *conocimiento de sí* racional y acumulativo; en el segundo existiría además la aspiración a un *análisis infinito* o permanente, es decir la ilusión de un análisis completo o sin resto.

Es justamente ligado a este supuesto “inacabamiento fundamental”²³ del análisis –que como teoría del final de análisis postularía que el análisis no tiene final– que algunos autores (C. y S. Botella; N. Marucco, por ej.) proponen o avalan un “*postanálisis procesual*”, que devendría en una suerte de *autoanálisis infinito*²⁶ para citar un término. La posición de Freud (1937, Pág. 251) es clara en cuanto a “aventar malentendidos” respecto de que el análisis sea “un trabajo sin conclusión” lo cual eleva el final a la categoría de una premisa ética. En todo caso ese “inacabamiento” sería el del inconsciente, por ejemplo el de sus producciones (sueños, lapsus, etc.)

¿Cómo pensar entonces esa apuesta freudiana a que “las incitaciones recibidas” continuarán “espontáneamente” en el analizado? Entendemos que se refiere a efectos subjetivos que operarán inconscientemente por sobre la idea de algún ejercicio intencional e intelectual con un saber adquirido. Al modo, incluso de una “*Durcharbeitung*” (per-elaboración) o “working-through”

de los autores ingleses, propuesto como trabajo inconsciente del analizante, entre sesiones y más allá incluso de la conclusión del análisis.

Desde una perspectiva kleiniana, J. Grimberg y A. Lichtmann (1981) afirman la imposibilidad del autoanálisis, adscribiéndolo a una introspección que “sólo da acceso a contenidos preconscientes”.¹⁵ Asimismo ponen énfasis en diferenciar el carácter espontáneo de lo que llaman “elaboración postanalítica” (citando el concepto de “insight inconsciente” de H. Segal) del ejercicio del autoanálisis como tal, “que puede estar al servicio de las resistencias”.

Como sea, ¿cómo decir algo de ese “autoanálisis postanalítico” que por definición excluye al analista como testigo, que no fuese en *un* otro análisis? También habría que dar cuenta del destino de la transferencia o mejor de la “neurosis de transferencia”. ¿Podría inferirse que ella se sostiene como transferencia interminable o bien que se resuelve en una identificación al analista, instalado en el lugar del Ideal del Yo? Seremos aquí taxativos, si no hay análisis sino en transferencia, no hay fin de análisis sin destitución o “curación” de la “neurosis de transferencia”; “enfermedad artificial”¹¹ (Freud 1917, Pág. 404) o bien artificio necesario que Lacan llamó “Sujeto supuesto saber”¹⁶ atribuido al analista. Supuesto en un doble sentido: tanto en el sentido de la suposición del saber (que es del inconsciente) como en el de un sujeto que lo posea, pues el Otro es sólo un lugar.

El uso del término “autoanálisis” por parte de R. Bernardi y B. De León (1992) resulta original, ya que no apunta tanto a las formaciones inconscientes del analista ni a su contratransferenciasino a lo que llaman “presupuestos”³ sobre los que sostiene su posición, en particular sus teorías y la relación que tiene con ellas.

Tratándose de una reflexión o cuestionamiento racional, contiene una implicancia ética en la inquietud por pensar y situar un referente de la función analítica. Este parece ubicarse en el saber formalizado de las teorías por sobre el “saber textual” –por poco que se tenga “convicción en lo inconsciente”– localizado y desplegado por el transcurrir discursivo en transferencia y que no tiene pertenencia, pues –en rigor– las palabras no son “propias” ni del analista ni del analizante.

Pero sin duda el empleo más frecuente del término “autoanálisis” es como un sinónimo de *análisis de la contratransferencia* y especialmente ligado a la idea de que el analista, “haría en cierto modo su autoanálisis, durante la sesión”²⁸ (D. Widlöcher, 2002) o bien que “en el análisis con nuestros pacientes” –a través del autoanálisis– “vamos conociendo más de nosotros mismos”²³ (N. Marucco, 2001). Esta idea a la que podríamos llamar “analizar analizándose” no es nueva (véase por ej.: T. Szasz, 1956*) y forma parte de la promoción del concepto de contratransferencia en la teoría y en la clínica analíticas. Este concepto introducido por Freud (1910) como obstáculo o interferencia inconscientes de la persona del analista en la cura (al punto que constituye una de las razones para indicar el análisis del analista) fue retomado recién a partir de los años 50 (P. Heimann; H. Racker; M. Little; etc.) tomando un giro muy diferente (intentando tal vez simetrizar lo sucedido con la transferencia que pasó de factor perturbador a motor de la cura). Haciendo del obstáculo virtud, la contratransferencia –entendida como la suma de los *sentimientos percibidos* por la persona del analista a partir del *comportamiento* de su paciente y que le permitirían *comprenderlo*– fue promovida

* “El éxito terapéutico depende en amplia medida de la capacidad del analista para efectuar durante el análisis, un tramo de autoanálisis, estimulado por el paciente” I. J. of P. 1956, Vol. XXXVII, pág. 289.

progresivamente (con diferentes matices) al estatuto de herramienta privilegiada o vía regia de la cura analítica. ¿No sería evidente entonces que si la “atención libremente flotante” del analista se dispusiera básicamente sobre los propios pensamientos o emociones, sólo podría hacerlo a expensas (incluso desplazándola) de la posición de *escucha* de un *relato* y de sus accidentes e inflexiones discursivas? Es interesante en este punto la reflexión de J. A. Millar (2002) en cuanto a las diferentes “soluciones”²⁴ adoptadas por el pensamiento analítico respecto de la imposibilidad de un acceso directo al inconsciente, del cual solo tenemos noticia por sus efectos: “el núcleo de nuestro ser permanece inaprensible para el preconsciente”⁷ señala el legado freudiano (1900 pág. 593). Frente a esta opacidad de estructura se situaría – como propuesta de acceso– una clínica del relato por un lado y una clínica de la contratransferencia por otro.

Esta última se funda en la idea de que: “Transferencia y contratransferencia representan dos componentes de una unidad, dándose vida mutuamente y creando la relación interpersonal”²⁵ (H. Racker 1959, Pág. 95). Esta complementariedad o simetría sólo puede sostenerse en la relación dual entre los yoés, pues ya vimos que el sujeto (del inconsciente) se constituye respecto de una alteridad tercera que es la del Otro (claro está que no hace falta que se tenga este concepto para que la relación al Otro opere de todos modos y ocurran efectos subjetivos). Es también sobre la base de esta especularidad, de esta “unidad de dos” que podría pensarse esa reciprocidad simultánea del “analizar analizándose” en cuyo extremo podría ubicarse el accidentado –por su influjo sugestivo– “análisis mutuo”⁵ acuñado por S. Ferenczi en su genuina pasión por preguntarse sobre la función del analista.

Desde luego que pensamos que éste debe poder reconocer su contratransferencia y saber también qué hacer con ella; por así decir, adonde llevarla. El propio análisis, la *supervisión* o *análisis de control* o bien el intercambio espontáneo entre colegas, serían las opciones. Mucho peor –para un análisis– que su inevitable interferencia es la pérdida de la asimetría fundante del dispositivo analítico; la que se sostiene tanto en la regla *fundamental* como en la regla de *abstinencia*. Dicho de otra forma, la promoción de la simetría y la reciprocidad de las teorías de la contratransferencia, incluyendo la idea –deducible de ellas– de que el analista “escucha” o interviene con su autoanálisis, terminan dejando en la mayor oscuridad la pregunta por la especificidad de la situación analítica y por lo propio de la posición (no la persona) del analista. Es por ello que Lacan (1958) plantea que los problemas de la contratransferencia y –agregamos– los del supuesto autoanálisis, sostienen por ese sesgo una pregunta velada por la cuestión del *deseo del analista*¹⁷ como función (que no es el deseo de ningún analista en particular). Es a partir de esta noción que la transferencia analítica puede pensarse como una estructura, haciendo más inteligible lo que la suscita, sus fenómenos empíricos “positivos” y “negativos”, su soporte simbólico y también su destitución.²⁷

Arriesgamos a decir entonces que una relación posible entre transferencia y contratransferencia (entendida como transferencia *en* el analista) se situaría en la asintótica brecha que media entre el deseo del analista como función por un lado y los anhelos yoicos y deseos –fantasmáticos, interpretables– de la persona del analista por otro; lo cual no es sin consecuencias. Por caso, el afán de Freud de confirmar la existencia de la escena primordial en el análisis del “Hombre de los lobos”.

En resumen y al cabo del intento por desbrozar esa maleza de los usos (y abusos) del término autoanálisis vemos que las diferencias, deslizamientos y confusiones no son tanto semánticas o terminológicas sino más bien conceptuales. Explícitas o implícitas lo que está allí en juego son las concepciones que se tienen (sabiéndolo o no) del inconsciente, de la posición del analista, de la cura y del fin de análisis.

d) A modo de conclusión

Volveremos sobre esa sentencia freudiana de 1897: “Sólo puedo analizarme a mí mismo, *como si* fuese un extraño; un *genuino* autoanálisis es *imposible*, de lo contrario *no existiría* la neurosis” 6 (cursivas propias) para intentar desplegar todos los alcances y las implicancias de esa imposibilidad, entendida no ya como una cuestión fenoménica sino atinente a una lógica psicoanalítica.

Si lo imposible es una de las maneras de definir el registro de lo real (Lacan), la imposibilidad del autoanálisis sería la de dar cuenta de él. Por el contrario, sólo la operación genuina del análisis es la que podría situar ese real como lo que se resiste a integrarse en el saber por un lado y lo que deja al ser (como totalidad) en pérdida por otro; marca que se subjetivaría como falta o castración. Agreguemos que no es para nada lo mismo que al final del análisis ese resto irrepresentable se inscriba como imposible a que lo haga como infinito (interminable) dando pie a la ilusión neurótica de un análisis “completo”, que lo diga Todo.

Dicho de otro modo, la imposibilidad del autoanálisis resulta de la condición misma de la *Spaltung* estructural; es decir de lo inaccesible del inconsciente reprimido respecto del preconscious, de la excentricidad del sujeto respecto del Yo, del enunciado respecto de la enunciación, en fin, del medio decir de la verdad del deseo respecto del saber como conocimiento. En suma: la “Otreidad”, la división subjetiva es radical e irreductible. De allí que en la cita de Freud se pueda leer una *exclusión lógica* entre la existencia del autoanálisis y la existencia de la neurosis.

Retomando a su vez el “como si” de ese enunciado freudiano podríamos decir que ése sería el estatuto del autoanálisis: imaginario; el de una ilusión o apariencia. Que el propio Yo sea su agente se afirma en el prefijo “auto”, que siempre en psicoanálisis viene a designar (por ej. “auto-observación”, “autoestima”, “autoerotismo”) la participación del Yo y sus instancias (Ideal del Yo – Super Yo) situándolo así en la órbita narcisística y al servicio de la represión y las resistencias. En otras palabras y estrictamente sólo podríamos ubicar al autoanálisis como ejercicio en el campo de la psicología –que es siempre del Yo– cuya función de desconocimiento de la división subjetiva sería solidaria de una ilusión de “unidad”, “integración”, “toma de conciencia” y “dominio de sí”.

No obstante, nos interesa rescatar el tema del autoanálisis en tanto plantea – aún indirectamente – la cuestión crucial de la especificidad de la posición del analista (“deseo del analista”) y también de la especificidad de la transmisión del psicoanálisis.

¿Con qué escucha e interviene el analista? Si cuestionamos que sea con su “autoanálisis”, es decir con su Yo y con su saber preconcebido, es para poner en primer plano un cierto *real* inefable propio de la dimensión del deseo y que escapa al intento de formalizarlo o capturarlo en una “técnica” instrumental.

Es justamente en los llamados escritos “técnicos” que Freud (1912, Pág. 112) apela a la metáfora de las “memorias inconscientes” del analista como fundamento o referente de su “atención parejamente flotante” aplicada al discurso; agregando que “sólo ocurren errores cuando uno es perturbado por *haberse envuelto uno mismo*”¹⁰, (cursivas propias). “Memorias inconscientes” o también “inconsciente receptor” (otra metáfora) que no podrían provenir más que de las huellas y “cicatrices” de la experiencia con el inconsciente y que eventualmente se constituirían como objetos de una *transmisión* que distinguimos de la *enseñanza*. Un inconsciente que nunca es estrictamente “propio” y que impone la condición de lo “hetero” (“como si fuese otro” dice Freud) para todo abordaje posible. Al respecto –y como digresión– se suele hablar mucho y con razón acerca del obstáculo que constituirían “los propios conflictos” para el analista, pero se dice poco que no habría experiencia del inconsciente si no fuese a través de esos mismos “propios conflictos” pasados por un análisis.

En esa misma línea freudiana, Lacan (1964, Pág. 15) parafrasea a Picasso con su “*no busco, encuentro*”¹⁹ y en seminarios posteriores va a situar el acto analítico en la dimensión del “yo no pienso” o del “soy donde no pienso”²⁰ de acuerdo a su descomposición del *cogito* cartesiano, subvertido por el descubrimiento del inconsciente y que podríamos a la vez parafrasear con un “escucho, allí donde no pienso con mi saber preconcebido”. Citemos asimismo el “me escucho diciendo” con el que una analista en supervisión comenta (no sin sorpresa) una intervención –confirmando que los efectos de la palabra superan la intencionalidad del ejecutante– respecto de la interpretación concebida como explicación comprensiva y prefabricada o diseñada previamente en el control (H. Racker, por caso, se refiere a la “preparación” de la interpretación, que divide en “completa” e “incompleta”)²⁵.

Se trataría nuevamente de la diferencia entre el saber referencial o teórico (indispensable a condición de poder dejarlo en suspenso, en tanto el análisis progresa en el no-saber) y un “saber hacer” del cual solo podría haber contingente transmisión pero no enseñanza. Diferencia en la que insiste o retorna ese imposible al saber de la que daba cuenta Freud en 1897 y cuya vigencia –pensamos– continúa abierta a nuevas relecturas.

Referencias Bibliográficas

- 1) ANZIEU D. (1959) “*El Autoanálisis de Freud y el Descubrimiento del Inconsciente*”. Siglo XXI.
- 2) BARANGER M. (2001) Intervención en mesa redonda: “Reanálisis, autoanálisis, análisis del analista” *Revista de Ps. de la APA* Tomo LX N° 1, enero-marzo 2003.

- 3) BERNARDI R. y DE LEÓN B. (1992) "¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis?" *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Nº. 76, 1992.
- 4) CAMPALANS PEREDA L. (1990) "El análisis "didáctico" de S. Freud" *Revista de Ps. de la APA* Tomo 49 Nº 5 y 6 1992.
- 5) FERENCZI S. (1932) "*Sin Simpatía no hay Curación*" Amorrortu Ed.
- 6) FREUD S. (1987) Carta Nº 75 Amorrortu Ed. Tomo I.
- 7) FREUD S. (1900) "*La Interpretación de los Sueños*" Cap. VII A. E. Tomo V.
- 8) FREUD S. (1910) *Carta a S. Ferenczi* (16/10/1910) Epistolario Ed. Rotativa.
- 9) FREUD S. (1910) "*Las Perspectivas Futuras de la Terapia Psicoanalítica*" A.E. Tomo XI.
- 10) FREUD S. (1912) "*Consejos al Médico sobre el Tratamiento Psicoanalítico*" AE. Tomo XII.
- 11) FREUD S. (1917) 27º Conferencia "*La transferencia*" A. E. Tomo XVI.
- 12) FREUD S. (1932) 31º Conferencia "*La disección de la personalidad psíquica*" A. E. Tomo XX.
- 13) FREUD S. (1935) "*La sutileza de un acto fallido*" A. E. Tomo XXII.
- 14) FREUD S. (1937) "*Análisis terminable e interminable*" A. E. T. XXIII.
- 15) GRIMBERG J. y LICHTMANN A. (1982) "El verdadero autoanálisis es imposible" *Revista de Psicoanálisis de la APA*, XL, Nº 4.
- 16) KAUFMANN P. (1996) "*Elementos para una Enciclopedia del Psicoanálisis*" Ed. Paidós
- 17) LACAN J. (1958) "*La dirección de la cura y los principios de su poder*" Escritos 2, Siglo XXI.
- 18) LACAN J. (1955) Seminario II. Ed. Paidós.
- 19) LACAN J. (1964) Seminario XI Ed Paidós.
- 20) LACAN J. (1966) Seminario XIV "*La lógica del fantasma*" Inédito.
- 21) LAPLANCHE J. y PONTALIS J.B. (1971) "*Diccionario de Psicoanálisis*.Ed. Labor.
- 22) MANNONI O. (1967) "El análisis original" en: "*Claves para lo Imaginario*" Amorrortu Ed.

- 23) MARUCCO N. (2001) Intervención en mesa redonda (citada) *Revista de Ps. de la APA* Tomo LX N° 1, 2002.
- 24) MILLER J. A. (2002) “El porvenir del psicoanálisis” Debate con D. Widlöcher *Revista de Ps. APA* Tomo LX N° 4.
- 25) RACKER H. (1959) “*Estudios sobre Técnica Psicoanalítica*” Ed. Paidós.
- 26) ROSAS DE SALAS C. (2001) Intervención en mesa redonda (citada) *Revista de Ps. APA*, Tomo LX, N° 1, 2003.
- 27) SAFOUAN M. (1989) “*La Transferencia y el Deseo del Analista*” Cap 5, Ed. Paidós.
- 28) WIDLÖCHER D. (2002) “El porvenir del Ps.” Debate con J. A. Millar *Revista de Ps. APA*, Tomo LX, N° 4, 2003.